

LA IGLESIA CATÓLICA, LA POLÍTICA Y LOS MEDIOS

Por Washington Uranga •

.....
• *Periodista.*
Columnista del diario Página/12.
Docente e investigador de la Facultad
de Periodismo y Comunicación Social
de la UNLP.

La Iglesia Católica, para utilizar un término generalizado en los medios pero que después discutiremos de manera adecuada, ha retomado en los últimos tiempos gran protagonismo en el espacio político y social de la Argentina, generando también que los medios de comunicación centren su atención sobre esa institución como actor social, político y mediático. En medio de la crisis la Iglesia aparece como un interlocutor reconocido por casi todos los sectores y como una voz creíble, incluso para muchos que hasta no hace tanto tiempo la hicieron blanco de severas críticas como resultado de la acción (o la omisión) eclesial en tiempos de la dictadura militar (1976-1983).

Si esto ocurre de esta manera, es también porque en la sociedad se ha producido una modificación importante respecto de la percepción que se tiene de la Iglesia y del papel que puede jugar en un momento como el que atraviesa el país. ¿Qué ha cambiado para que esto ocurra de esta manera? ¿Cambió la sociedad o cambió la Iglesia? ¿Cuáles son las variables y las consideraciones para ser tenidas en cuenta en el análisis? ¿Cómo trabajan los medios la información originada en la Iglesia? La brevedad de este texto no permitirá, sin duda, responder a todas estas preguntas, pero se intentará de todos modos dejar abiertas algunas rutas y preguntas para continuar la reflexión.

Lo religioso y la crisis de la institucionalidad

¿De qué estamos hablando cuando decimos Iglesia? Este es el primer interrogante a responder. La referencia a "la Iglesia", especialmente aquella que se hace en los medios de comunicación y en los ámbitos no especializados, suele ser una alusión por demás ambigua y cargada de connotaciones que no ayudan a la mejor comprensión de la realidad de la institución y de su forma de presencia en la sociedad.

En primer lugar, porque las marcas políticas y culturales que la Iglesia Católica ha dejado en la sociedad argentina tiñen rápidamente de "catolicismo" todo aquello que esté referido a la experiencia socio-religiosa del pueblo. Y si bien esto pudo ser cierto en otros momentos, la sociología religiosa nos demuestra que esa ya no es una afirmación que responda a la realidad. Hoy la experiencia religiosa de los argentinos y de las argentinas está sumamente diversificada y, si bien la tradición religiosa católica sigue siendo la mayoritaria, también está atravesada por multiplicidad de

prácticas y sincretismos, no todos ellos reconocidos institucionalmente por la Iglesia Católica.

La segunda mitad de los años noventa muestra un crecimiento de lo religioso en relación con los años precedentes, tendencia que se ha acentuado con los datos más recientes de la crisis. Pero no habría que confundir el regreso a lo religioso con la inserción institucional y, mucho menos, con la vinculación expresa a la institucionalidad católica. Lo que constatan los sociólogos de la religión es que hay un resurgir de lo religioso no institucional, es decir, una nueva aproximación al sentido religioso que a su vez va acompañada de desapego de la normativa institucional. Y esto ocurre no sólo entre aquellos que provienen de tradición católica, sino también entre los protestantes y en parte de los judíos.

En muchas de las manifestaciones políticas y populares de los últimos tiempos, en particular aquellas que han sucedido a los hechos del 19 y 20 de diciembre del 2001, reaparecieron los símbolos religiosos, los actos de piedad, las oraciones y los ritos. San Cayetano, por el pan y el trabajo, pero también la Virgen de Luján por tantos otros motivos, son referentes permanentes y cada día más visibles de quienes se sienten acosados por la crisis y sufren sus consecuencias. Hay nuevos movimientos religiosos que siguen ganando adeptos. La gente expresa necesidad religiosa, pero se despreocupa de las ataduras institucionales. En el caso del catolicismo son muy pocos los que se consideran "practicantes" (entendiendo por ello el cumplimiento asiduo de las normas religiosas, litúrgicas y hasta morales de la Iglesia), se nota un progresivo abandono de las prácticas sacramentales (asistencia a misa, casamientos, confesiones, bautismos, etc.), pero muchos más se siguen identificando genéricamente como "católicos" cuando se los consulta, por ejemplo, en una jornada censal. Parte de esa misma gente asiste también a cultos que no son católicos.

Lo religioso y lo social

Pero al mismo tiempo, de manera paralela a todo lo anterior, también se puede constatar que hay una emergencia de lo religioso en lo social y en lo político. Antes se hacía referencia a las devociones populares como San Cayetano y la Virgen de Luján. Pero no es esto lo único. La política recurre a la religión. La diputada y pre candidata presidencial Elisa Carrió no deja de mostrar una cruz en su pecho en todas sus apariciones públicas y el sacerdote Luis Farinello hizo toda una campaña política montado sobre la proyección de su imagen sacerdotal muy por encima de sus condiciones -nunca probadas- de dirigente político. Pero también los piqueteros portan rosarios e imágenes religiosas vinculadas a la tradición católica en sus movilizaciones y marchas. En muchas ollas populares y comedores no faltan las apelaciones religiosas y los símbolos del mismo tipo.

En un país donde todo está fragmentado y donde ya no existen las redes nacionales -ni siquiera las de los ferrocarriles ni las de las Fuerzas Armadas como tales-, prácticamente la única presencia verdaderamente nacional es la de la Iglesia Católica. Es la única red que a través de 2.674 parroquias y 8.742 iglesias y capillas, cubre todo el territorio del país. A ello deben sumarse 2.543 centros educativos¹. Esto le permite a los obispos tener una aproximación a la realidad mucho más cierta que cualquier otra institución, pero también que se reconozca la presencia



.....¹ Fuente: AICA, Guía Eclesiástica Argentina, edición 2000.

de la Iglesia en todo el orden nacional, y llegar, a través de los caminos institucionales, a todos los rincones de la geografía nacional. Ninguna fuerza social o política cuenta con esta capacidad.

En sectores de base, la gente recurre a los curas, a las monjas, a los catequistas, que son allí los representantes visibles de la institución católica. En el nivel nacional, los dirigentes políticos buscan cobijo a la sombra de la jerarquía eclesiástica católica. Paradójicamente y frente a aquella distancia de lo institucional a la que se hacía referencia líneas arriba, a la hora de buscar una "tabla salvadora" -ya sea para calmar el hambre, para resolver un conflicto o para "preservar las instituciones"- unos y otros pretenden resguardarse bajo el ala más institucional del catolicismo: su jerarquía.

Tan paradójico como decir que esa misma jerarquía católica que ahora -según la sensibilidad de la gente reflejada también en la mayoría de las encuestas- aparece como un espacio menos corruptible (o no corrupto) ante la corrupción generalizada, fue hasta hace no mucho tiempo blanco de severas críticas por su actuación durante la dictadura militar y las complicidades de muchos de sus miembros con el poder. Y es más. Si bien la imagen de la jerarquía católica se fue modificando con la democracia, también porque se produjo un recambio entre los obispos, no puede olvidarse que durante el menemismo una docena de obispos fueron señalados como directos beneficiarios de los favores del poder a cambio de su clara militancia en pos de las ideas y las posturas del entonces presidente.

Varios analistas han marcado una suerte de trueque: estos obispos, con el consentimiento del Vaticano y del cardenal Angelo Sodano (Secretario de Estado), silenciaban sus críticas sociales y políticas al menemismo, y el gobierno no sólo les hacía favores económicos, sino que facilitaba los negocios de personajes vinculados a la Iglesia y se alineaba nacional e internacionalmente en políticas claves para la Iglesia Católica como las referidas a la familia, el divorcio, el aborto, el tratamiento a la homosexualidad, etc. Un "cambio de favores" que si bien trajo muchas discrepancias en el seno de la jerarquía y de la Iglesia Católica en general, le permitió siempre al menemismo ufanarse de "excelentes" relaciones con el Vaticano y con la cúpula eclesiástica local, entonces comandada por el ya fallecido cardenal Antonio Quarraccino.

La Iglesia Católica cuenta hoy con una cuota muy grande de prestigio. La mayoría de las encuestas le dan un grado de aceptación por encima del 50%, sólo seguido por los periodistas. Son las mismas encuestas que muestran a los políticos en el más bajo nivel de credibilidad. Esto es lo que le permitió desde diciembre del 2001 servir de amparo al llamado "Diálogo argentino", una especie de paraguas institucional bajo el cual se sigue intentando lograr consensos de gobernabilidad entre las diferentes fuerzas políticas y sociales.

Más allá de las consideraciones políticas y tácticas que se puedan hacer sobre el "Diálogo argentino" -en la misma Iglesia Católica hay posiciones encontradas sobre el tema-, el sólo hecho de que tanto del Gobierno como las Naciones Unidas hayan recurrido a la institucionalidad eclesiástica para impulsar un proceso de construcción de consensos como el que se intenta, es una clara manifestación del reconocimiento al que antes se hacía mención.

En crisis las instituciones, la Iglesia Católica surge como un referente firme, como un espacio no contaminado (o al menos no totalmente contaminado), capaz de apoyar y hasta generar desde sí nuevos dinamismos que ayuden a superar la grave situación de caos que atraviesa la Argentina, a recuperar el sentido de la vida apoyándose en la voluntad de construir un futuro distinto a partir del esfuerzo conjunto

de los distintos sectores de la sociedad. De más está decir que no es la Iglesia la única que aporta en este sentido. Hay innumerables ejemplos que muestran que todos estos valores -muchas veces mejor vividos y expresados- están en los movimientos sociales, en las organizaciones de base. Sin embargo, no siempre esta realidad es visible de esta manera en la sociedad y tampoco el sistema de medios colabora a que se vea de esta forma.

¿Una iglesia? ¿Varias iglesias?

De una perspectiva estrictamente sociológica -y al margen de toda mirada institucional o teológica-, es evidente que más allá de la referencia vaga y genérica que por lo general hacen los medios sobre "la Iglesia", existen muy diferentes posturas, perspectivas y prácticas -incluso algunas contradictorias entre ellas- que se dicen asimismo católicas. No se puede entender a la institución eclesial escindida del marco social del que forma parte. A pesar de la rigidez doctrinaria que se le conoce, la Iglesia Católica es una institución sensible a los cambios sociales, a las transformaciones que se operan en la realidad.

Es evidente que, desde el punto de vista institucional, sólo podrán ser reconocidas como "católicas" aquellas prácticas que estén avaladas por los obispos. Pero nadie puede negar el sentido religioso católico de tantas experiencias que surgen al margen de la institucionalidad católica, aunque sean ignoradas o no explícitamente reconocidas por la jerarquía². Algunos señalan la "capacidad" de la Iglesia para captar y adaptarse a los diferentes climas sociales. Otros hablan de "oportunisto". Gran parte de estas experiencias que cruzan lo social con lo religioso, los comedores populares, las iniciativas solidarias, los grupos de oración y de lectura bíblica desinstitucionalizados, las comunidades de base, son en parte las que han permitido rescatar en el pueblo la credibilidad en un catolicismo que, desde su institucionalidad, muchas veces le dio la espalda a sus necesidades, que se preocupó más por atender a las demandas del poder y a sus propios beneficios que a los dolores y las preocupaciones de la gente.

Hay, por lo tanto, una nueva legitimidad católica que se ha recobrado a través de los curas y las monjas insertos en los barrios, trabajando junto a los más pobres. También a través de miles de catequistas y misioneros laicos y laicas que con conocimiento o no de la Iglesia cumplen un servicio misionero que está siempre cercano a las preocupaciones y a las necesidades de la gente. De estos militantes cristianos de base también se beneficia la imagen institucional y la jerarquía eclesial, aunque nadie se lo proponga de manera explícita. La buena imagen de la Iglesia se alimenta también -y fundamentalmente- de estas iniciativas.

Toda esta corriente -para muchos identificada como "opción por los pobres"- ha tenido su manifestación más evidente cada verano en los llamados "Seminarios de formación teológica para laicos". Se trata de encuentros que reúnen, desde hace más de una década, a aproximadamente mil quinientas personas de todo el país, siempre en lugares distintos y con la pretensión de intercambiar experiencias, reflexionar

.....² "El catolicismo es un espacio social donde se lucha por el control del consenso y por demarcar los límites del disenso (Poulat, 1977). La pluralidad de los catolicismos presentes en el interior de la vida de la Iglesia supone redefiniciones constantes en esas disputas y dan cuenta de la competencia por imponer los posicionamientos parciales como los de toda la institución. El compartido anhelo por construir una sociedad cristiana no limita la coexistencia de múltiples tácticas y estrategias". Esquivel, Juan Cruz, "Los obispos y la política en la Argentina. La Iglesia en tiempos de Alfonsín y Menem (1983-1999)", Tesis de Doctorado en Sociología. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Univ. de San Pablo (Brasil), 2001.

juntos y renovar su compromiso social y religioso. Estos encuentros han desbordado el límite católico para congregarse también a otros cristianos e incluso a quienes provienen de otras tradiciones como las judías o las musulmanas.

Hay entonces una iglesia que, apelando a otra simplificación del lenguaje, podría llamarse "de base". Emergente de ello son los ya mencionados Seminarios de Teología, pero también el grupo de Sacerdotes en la Opción por los Pobres (continuadores del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo que lideraron los curas Jorge Vernazza y Carlos Mujica), las Comunidades Religiosas Insertas en Medios Pobres (CRIMPO), tantas comunidades eclesiales de base (CEB), la pastoral aborigen, con mujeres, jóvenes, etc. entre otros. Tampoco puede decirse que entre todos y todas estas expresiones haya una mirada única sobre el mundo, sobre la sociedad y sobre la misma Iglesia. Puede decirse que existen diferencias que en algunos casos van más allá de los matices, pero que no llegan a constituirse en posiciones antagónicas.

Las mayores diferencias se dan entre la mirada de estos sectores y la institucionalidad eclesiástica católica corporizada en los obispos. De más está decir que tampoco entre los miembros de la jerarquía hay una sola opinión, ni una sola postura³. Algunos análisis hechos a la ligera -sobre todo desde posiciones muy críticas a la Iglesia- quedaron anclados en la idea del conservadurismo de los obispos argentinos (fundamentalmente por sus posiciones durante la dictadura) y suelen compararlos con el "progresismo" de los obispos chilenos o brasileños. La verdad histórica obliga a revisar esos clichés.

Viejos y nuevos obispos

El episcopado argentino se ha renovado después de la dictadura. Hay otros obispos más jóvenes que crecieron en su condición sacerdotal y en posiciones de liderazgo durante la democracia. Aprendieron, entre otras cosas, que su palabra no es la única ni es la última: aceptaron el disenso como una práctica y la pluralidad como un dato irrenunciable de la vida social, y ejercen la escucha de sus fieles como una actitud propia de su tarea.

Pero estos obispos no sólo forman parte de la Conferencia Episcopal (el órgano que los reúne) sino que han avanzado hacia posiciones de liderazgo dentro de la misma. Los más conservadores (también los "menemistas") desaparecieron de los puestos de comando y ya no tienen la influencia de antes.

Siguiendo una línea muy propia del Papa Juan Pablo II, el grupo mayoritario de los obispos argentinos actuales muestra gran apertura y sensibilidad hacia lo social y esto les ha permitido ganar credibilidad en la sociedad y recuperar el prestigio perdido en otros momentos. También porque a la sensibilidad han sumado acciones concretas (el trabajo de Cáritas, por ejemplo) transformando en hechos solidarios aquello que predicaban desde los púlpitos. En todo ello hay gradualidades. Hay quienes rescatan la figura del asesinado obispo Enrique Angelelli como el paradigma, o recuerdan a los obispos Jorge Novak, Alberto Devoto, Jaime de Nevaes y Vicente Zaspé, entre los ejemplos a seguir, mien-

.....³"Los esfuerzos de la elite eclesiástica por exteriorizar una imagen de cuerpo episcopal uniforme no significa que en su interior no existan contrastes y desacuerdos. Esta doble condición de homogeneidad hacia fuera y de pluralidad hacia adentro se sustenta en el carácter reservado de los debates entre los obispos. La publicación de los resultados expone una aceptación generalizada del colectivo, omitiéndose las disidencias o las discrepancias particulares. Por ello, se hace indispensable un análisis minucioso de las declaraciones, de los documentos y los escritos que los preladados han firmado individualmente para detectar allí los distintos perfiles". Idem nota 2.

tras otros prefieren olvidar sistemáticamente a esas figuras. Hay quienes siguen insistiendo en que la jerarquía católica no se equivocó durante la dictadura y quienes no cesan de pedir público perdón por los "pecados" de los obispos. Respecto de esto último se podrá decir que hubo un pedido público colectivo de perdón, pero se silencian las muchas discrepancias y debates que existieron y siguen existiendo entre los obispos respecto de esta misma decisión.

La preocupación de la mayoría de los obispos por lo social está marcada no obstante por un dato que atraviesa toda la historia de la Iglesia en Argentina: el Estado -aún hoy y a pesar de su crisis- aparece casi siempre como el principal referente e interlocutor. Si se trata de encontrar alternativas, los obispos apuntarán en primer lugar todas sus energías a hacer alianzas, a presionar o a exigir al Estado, aún cuando sus propios análisis señalen la dificultad de ese mismo Estado para definir su perfil y su rol hoy. De allí que la institución eclesial corre permanentemente el riesgo -también hoy- de ser arrastrada por la imagen negativa de los gobiernos con los que se relaciona.

En el trasfondo de esta relación existe por parte de esta jerarquía una concepción que ubica a la propia Iglesia por encima de cualquier otra institución, sólo comparable con el Estado. También una visión superestructural acerca del poder y la política. Por eso le cuesta tanto a la Iglesia relacionarse con otras instituciones de la sociedad civil, y algunos obispos rechazan claramente cualquier pretensión de ubicar a la Iglesia Católica en paridad con las "organizaciones no gubernamentales" (ONG). Sin embargo, la propia práctica en lo social ha llevado a los obispos a mirar a las organizaciones de la comunidad como aliados imprescindibles para la recuperación social, tal como lo repite una y otra vez el obispo de San Isidro y Presidente de Cáritas Argentina, Jorge Casaretto⁴.

Pero en la misma línea del Papa Karol Wojtyla, gran parte de los obispos argentinos acompañan esa apertura social con fuertes rigideces doctrinales en torno a temas no menos conflictivos como familia, divorcio, ética y moral sexual, celibato sacerdotal, sacerdocio de la mujer, aborto y homosexualidad. También es cierto que estas intransigencias dogmáticas están plagadas de "excepciones" en el ejercicio ministerial de muchos sacerdotes y son ignoradas por muchos católicos y católicas que se apartan de las mismas sin por ello considerarse ajenos al catolicismo y a la institución.

Por todo lo anterior, si bien se puede hablar de una presencia política de la Iglesia Católica en el escenario político social de la Argentina, habría que tomar en cuenta siempre que esa presencia no puede equivaler de ninguna manera a la identificación con una expresión política partidaria o tomarse con la simplificación que la mayoría de los medios y los periodistas hacen bajo la afirmación de "la opinión de la Iglesia" o "la Iglesia opina sobre...".

Es verdad que el lenguaje de los medios exige muchas veces grados de simplificación muy grande en la transmisión de la información. Sin embargo, en este caso se puede afirmar que existe también un claro desconocimiento de la Iglesia como institución socio-religiosa, en lo que tiene que ver con su identidad pero también como su modo de organización jerárquica y de funcionamiento institucional, por una parte, y de la realidad multifacética y diversa que encarna la presencia católica en casi todas las sociedades y en la Argentina en particular.

.....⁴ Ver "El trabajo es casi como la respiración", reportaje a Jorge Casaretto, revista *Micrónica*. Segunda época, año 1, número 2, Buenos Aires, junio de 2002.

La Iglesia Católica en los medios

La mayoría de las veces los medios desconocen lo planteado aquí y recurren de manera rápida y simplista a la generalización de las posiciones -adjudicando al todo la opinión de un sector- o a la mera adscripción institucional, dando por única, cierta y verdadera la opinión emitida por los obispos (a veces sólo por alguno de ellos que no representa más que su propia posición).

Por lo general los medios carecen de especialistas en materia socio religiosa, algo que también ocurre en muchos otros temas. Los encargados de abordar los temas religiosos son los mismos "movileros" o "noteros" saturados de otros temas que, en largas y agotadoras jornadas laborales, tienen que cubrir distintas fuentes con la misma superficialidad que imponen los editores y las circunstancias. La consecuencia es que no hay investigación, no hay matices y sí muchas simplificaciones y generalizaciones.

"La Iglesia" aparece, en consecuencia, como un actor siempre único aunque sus voces y sus rostros sean disonantes. Y la imagen más buscada (también la legitimada mediáticamente no sin complicidad del propio Episcopado) es la de los obispos. Difícilmente -salvo para el escándalo, la polémica o el caso que enriquece el anecdotario- los medios recogen como "opinión católica" la de los grupos de base, la de mujeres catequistas o religiosas comprometidas en sectores populares.

Las opiniones de "la Iglesia" son, para editores y periodistas, las opiniones de los obispos. Y de sólo algunos de ellos. Porque como sucede también en otros ámbitos los medios seleccionan por ubicación geográfica (se "nacionaliza" todo lo que se produce en Buenos Aires o, en el mejor de los casos, en los dos o tres centros urbanos más importantes del país) o por posiciones ideológicas. Salvo excepcionalmente para algunos medios, las versiones católicas anti sistema tampoco se incorporan a la agenda pública del debate ni encuentran repercusión adecuada en las páginas, en las emisiones radiales o en las pantallas.

En este sentido podría decirse que el tratamiento periodístico que se hace de la Iglesia Católica en los medios arrastra las mismas carencias que se perciben en el trabajo que se realiza con otros actores. Pero hay un agravante más. En el entrecruzamiento entre lo religioso y lo social, entre lo religioso y lo político, el actor "Iglesia" es considerado en la mayoría de los casos con los mismos parámetros de una organización política partidaria, desconociendo las características particulares del modo de inserción socio religioso del catolicismo en la Argentina. No se trata, por cierto, de demandar un trato periodístico diferente para la Iglesia. Se trata, sí, de comprender que las instituciones tienen culturas diferenciadas y objetivos distintos y que esas particularidades modelan de manera diferente su modo de ser y actuar en la sociedad. Desconocer esta realidad lleva también a enfoques periodísticos que distorsionan la realidad y no ayudan a comprender los procesos históricos en los que vivimos.

Siempre, pero hoy por hoy en la Argentina por todas las razones expuestas, la relación entre la Iglesia Católica -en toda su diversidad y pluralidad, atendiendo a las relaciones de fuerza entre diversas corrientes internas y a las tendencias resultantes- y la política, y el modo como ello se refleja en la agenda y en el tratamiento de los medios de comunicación, se constituye en un espacio para la investigación y el análisis de quienes trabajan en el campo de la comunicación ◀